

servar en la nueva Reforma que se habia formado bajo sus banderas. Estaba penetrado de dolor, y aunque exteriormente manifestaba mucha altivez, con todo tenia muy oprimido el corazon; y aun por lo mismo que era tan altanero, le era insoportable verse despreciado en un partido á quien queria dominar. Su sentimiento se comunicaba tambien á Melancton. «Lutero me causa, decia este<sup>1</sup>, «sérios cuidados, por lo mucho que se me queja de sus aflicciones. «Se le humilla y desfigura en varios escritos que nada tienen de despreciables. Al mismo tiempo que me compadezco de su situacion, «me aflige hasta el extremo la perturbacion universal de la Iglesia. «El vulgo inconstante se divide en dos opiniones contrarias; y si Jesucristo no hubiera prometido estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos, temeria yo que estas disensiones destruyesen enteramente la Religion, porque no hay cosa mas cierta que lo que se dice, que con tanto disputar huye de nosotros la verdad.»

XLI.—*Lutero enseña la ubicuidad.*

(1527, 1528). Extraña agitacion de un hombre que esperaba ver la Iglesia restaurada, y la veia próxima á caer por los medios que se habían empleado para restaurarla. ¿Qué consuelo podia hallar en las promesas que nos ha hecho Jesucristo de estar siempre con nosotros? Solamente los Católicos pueden alimentarse con esta fe, porque creen que jamás puede ser la Iglesia vencida por el error, por grande que sea la violencia con que se la acometa, y porque en efecto han visto que es invencible. Pero ¿cómo es posible atenerse á esta promesa en la nueva Reforma, cuyo primer fundamento, cuando rompió con la Iglesia, era que Jesucristo la habia desamparado hasta el punto de dejarla caer en la idolatría? Por lo demás, aunque es cierto que la verdad subsiste siempre en la Iglesia, y se depura tanto mas, quanto con mas violencia se la impugna, Melancton tenia razon cuando pensaba que á fuerza de disputar huia de los particulares. No habia error, por prodigioso que fuese, al que no arrastrase á Lutero el ardor de la disputa. El calor de las disputas le hizo abrazar la monstruosa opinion de la ubicuidad, error extraño, que sostenia con las razones siguientes: La humanidad de Nuestro Señor Jesucristo está unida á la divinidad: la humanidad está en todas partes lo mismo que la divinidad. Jesucristo en cuanto hom-

<sup>1</sup> Lib. IV, ep. 76 ad Cam.

bre está sentado á la diestra de Dios; la diestra de Dios está en todas partes, luego Jesucristo en cuanto hombre está en todas partes. En cuanto hombre, estaba en los cielos antes de subir á ellos, y en el sepulcro, cuando los Ángeles dijeron que ya no estaba en él. Los Zuinglianos se excedian diciendo que ni Dios mismo podia hacer que el cuerpo de Jesucristo estuviese al mismo tiempo en muchos lugares; y Lutero da en el otro exceso de asegurar que este mismo cuerpo está necesariamente en todas partes. Así lo enseña en un libro de que hemos hablado ya, y que publicó el año de 1526 con el fin de defender el sentido literal, y así se atrevió á insertarlo tambien en una confesion de fe que publicó el año de 1528 con el título de Confesion mayor de fe<sup>1</sup>.

XLII.—*Lutero declara de nuevo que importa poco poner ó quitar la sustancia del pan; grosera teología de este doctor, de la cual se escandaliza Melancton.*

En este libro dice que importa poco poner á quitar el pan en la Eucaristía, pero que era muy razonable reconocer en ella un pan carnal y un vino sanguineo; panis carneus, et vinum sanguineum<sup>2</sup>. Con este nuevo lenguaje expresaba la nueva union que ponía entre el pan y el cuerpo de Cristo. Estas palabras parece que propendian á la empanacion, y el mismo Lutero conocia que le conducian mas allá de lo que él queria. Pero, por lo menos, proponian cierta mezcla de pan y de carne, de vino y de sangre, que parecia bien grosera, y que era insoportable para Melancton. «Yo he hablado á Lutero, dice<sup>3</sup>, acerca de esta mezcla del pan y del cuerpo que á muchos les parece una extraña paradoja, y me ha respondido decididamente que no queria modificar de ningun modo su doctrina en este punto: yo no creo conveniente entrar todavía en esta materia.» Es decir, que no era de la opinion de Lutero, pero que no se atrevia á contradecirle.

XLIII.—*La disputa sacramentaria trastornaba los fundamentos de la Reforma. Palabras de Calvino.*

En medio de esto, los excesos á que se entregaban de una y otra parte en la nueva Reforma, la estaban desacreditando para con los hombres de juicio: esta sola disputa trastornaba el fundamento comun de los dos partidos. Creian ellos que podian zanjar todas las

<sup>1</sup> Sermo quod verba stent, t. III. Jen. Conf. maj. t. IV. Jen. Calix. Jud. n. 40 et seq. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 76, 1528. — <sup>3</sup> Lib. IV, ep. 76, 1528.

disputas por la Escritura sola, y no querian admitir mas juez que la Escritura; y todo el mundo veia que disputaban sin fin sobre esta misma Escritura, y cabalmente sobre un pasaje que debia ser de los mas claros, pues que se trataba de un Testamento. Uno á otro se decian: esto es evidente, no hay mas que abrir los ojos. En cuanto á esta evidencia de la Escritura, no hallaba Lutero mayor audacia é impiedad que negar el sentido literal, que para Zuinglio era lo mas absurdo y grosero que se podia inventar. Erasmo, á quien querian ganar, les decia con todos los Católicos: ¿Vosotros apelais todos puramente á la palabra de Dios, y os creéis sus verdaderos intérpretes? poneos de acuerdo, pues, entre vosotros, antes de querer dar la ley á todo el mundo<sup>1</sup>. Por mas que lo disimulaban, se avergonzaban de no poder convenirse, y todos pensaban en el fondo de su corazon lo que escribia Calvino á su amigo Melancton<sup>2</sup>: «Importa mucho que no se transmita á los siglos venideros ninguna sospecha de las divisiones que hay entre nosotros; porque es lo mas «ridículo que se puede imaginar, que despues de haber roto con «todo el mundo, nos hallemos tan divididos desde el principio de la «Reforma.»

XLIV.— *Los Luteranos toman las armas bajo la direccion del Landgrave, el cual reconoció su yerro, 1528.*

Felipe, landgrave de Hesse, acérrimo partidario del nuevo Evangelio, habia previsto este desórden desde los primeros años de la contienda, y trabajaba por conseguir un acomodamiento entre los contendientes. Luego que vió que el partido era bastante fuerte, y que, por otra parte, le amenazaban el Emperador y los Católicos, empezó á formar el designio de una liga. Olvidáronse las máximas que Lutero habia proclamado como fundamento de la Reforma, de no buscar ningun apoyo en las armas<sup>3</sup>. So pretexto de un tratado imaginario, que se decia haberse celebrado entre Jorge duque de Sajonia, y los demás príncipes católicos para exterminar á los Luteranos, tomaron estos las armas. Pero al fin se compuso el asunto, y el Landgrave se contentó con una gruesa suma de dinero que algunos príncipes eclesiásticos se vieron precisados á entregarle, para indemnizarse de los gastos de un armamento, que por su misma confesion habia hecho fundándose en relaciones falsas.

<sup>1</sup> Lib. XVIII, 3; XIX, 3, 113; XXXI, p. 2102, etc. — <sup>2</sup> Calv. ep. ad Mel. p. 143. — <sup>3</sup> Sleid. lib. VI, 92; Mel. lib. IV, ep. 70.

Melancton, que no aprobaba esta conducta, no hallando otra disculpa á favor del Landgrave, sino que no queria dar á entender que se habia engañado, alegaba por única razon que una mala vergüenza le habia hecho obrar así<sup>4</sup>. Pero otros cuidados le ocupaban mucho mas. Se habia vanagloriado el partido de que destruiria el Papado, sin hacer la guerra, y sin derramar sangre. Antes de verificarse este tumulto del Landgrave, y un poco despues del levantamiento de los paisanos, habia escrito Melancton al mismo Landgrave, «que mas «valia tolerarlo todo que armarse para defender la causa del Evan- «gelio<sup>5</sup>;» y ahora se encontraba con que los mismos que tanto habian blasonado de pacíficos, eran los primeros en tomar las armas, fundándose en noticias falsas, como el mismo Melancton lo reconocia<sup>6</sup>. Y por esta razon añadia tambien: «Cuando considero con qué «escándalo tan grande se va á cargar la buena causa, me veo casi «oprimido de dolor.» Mas Lutero estaba muy distante de abrigar estos sentimientos. Aunque era una cosa constante en Alemania, y sobre la cual estaban acordes los mismos autores protestantes<sup>7</sup>, que aquel supuesto tratado de Jorge de Sajonia no era mas que una impostura, Lutero aparentaba creer que existia realmente, y escribió muchas cartas y muchos libelos, en que se encoleriza contra este Príncipe, hasta decir que era «el mas loco de todos los locos: un «Moab orgulloso, que siempre emprendia cosas superiores á sus «fuerzas<sup>8</sup>:» añadiendo «que pediria á Dios contra él. Y despues «aconsejaria á los príncipes que EXTERMINASEN AQUELLAS GENTES, «que querian ver cubierta de sangre toda la Alemania:» es decir, que por temor de verla en tan triste estado, debian los Luteranos ponerla en ese mismo estado, y empezar por exterminar á los príncipes que se oponian á sus designios.

Este Jorge, duque de Sajonia, á quien Lutero trata tan mal, era tan contrario á los Luteranos, como favorable su pariente el Elector. Lutero profetizaba contra él con toda su fuerza, sin considerar que era de la familia de sus señores; y se conocia que no quedó por él que no se cumpliesen sus profecías al filo de la espada.

<sup>4</sup> Mel. ibid. — <sup>5</sup> Lib. III, ep. 16. — <sup>6</sup> Ibid. ep. 70, 72. — <sup>7</sup> Mel. ibid.; Sleid. ibid.; Dav. Chyt. in Saxon. ad an. 1528, pág. 312. — <sup>8</sup> Luth. ep. ad Vences. Lync. p. 312, t. VII, et ap. Chytr. in Sax. p. 312 et 382.

XLV.—*El nombre de Protestantes. Conferencia de Marpourg, en que el Landgrave procura inútilmente conciliar los dos partidos de los Protestantes.*

Este armamento de los Luteranos, que habia hecho temblar á toda la Alemania el año de 1528, les infundió tanto orgullo, que se creyeron en estado de protestar abiertamente contra el decreto publicado contra ellos el año siguiente en la Dieta de Espira, y de apelar del Emperador al futuro concilio general, ó al que se celebrase en Alemania. Entonces fue cuando se reunieron bajo el nombre de *Protestantes*<sup>1</sup>: pero el Landgrave, mas previsor, el mas capaz, lo mismo que el mas valiente de todos ellos, conoció que la diversidad de pareceres seria un obstáculo eterno para la union completa que queria establecer en el partido. Así en el mismo año del decreto de Espira preparó la conferencia de Marpourg<sup>2</sup>, donde hizo que se reuniesen todos los jefes de la nueva Reforma, Lutero, Osiandro y Melancton por una parte; Zuinglio, OEcolampadio y Bucero por otra, sin contar los demás que no son tan conocidos. Lutero y Zuinglio eran los únicos que hablaban, porque los Luteranos ya no hablaban donde estaba Lutero; y Melancton confiesa francamente que él y sus compañeros fueron allí *unos personajes mudos*<sup>3</sup>. Los individuos que componian aquella reunion no trataron de engañarse unos á otros con explicaciones equívocas, como se hizo despues. La presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristia se asentó terminantemente por una de las partes, y se negó por la otra<sup>4</sup>. Unos y otros entendieron que una presencia figurada, y una presencia por la fe del que la creia, no era una verdadera presencia de Jesucristo, sino una presencia moral, una presencia impropia y metafóricamente dicha, y se convino en la apariencia en todos los artículos, menos en el de la Eucaristia. Y digo en la apariencia, porque por dos cartas que escribió Melancton durante las conferencias para dar cuenta á sus príncipes de lo que de ellas resultaba, sabemos que aquellos señores tampoco se entendian en el fondo. «Nosotros conocimos, dice<sup>5</sup>, que nuestros adversarios entendian muy poco la doctrina de Lutero, aunque procuraban imitar su lenguaje:» es decir, que se avenian por mera complacencia, y solamente en las palabras, sin entenderse bien en la realidad:

<sup>1</sup> Sleid. lib. VI, 94, 97. — <sup>2</sup> Sleid. ibid. — <sup>3</sup> Lib. IV, ep. 88. — <sup>4</sup> Hosp. ad an. 1529, de coll. Marp. — <sup>5</sup> Mel. ep. ad Elect. Saxon., ep. ad Henr. Ducem Sax. ibid. et ap. Luth. t. IV, Jen.

y así era verdad que Zuinglio jamás habia comprendido la doctrina de Lutero sobre los Sacramentos, y sobre su justicia imputada. Tambien se acusó á los de Estrasburgo y á Bucero, que era su pastor, de que no tenian buenas opiniones<sup>1</sup>, es decir, como ellos lo entendian, opiniones bastante luteranas en esta materia; y así se vió con el tiempo, segun veremos luego. Esto consistia en que Zuinglio y sus compañeros, no cuidándose de todas estas cosas, decian acerca de ellas todo lo que le agradaba á Lutero, y solo se fijaban en la cuestion de la presencia real. En cuanto al modo de tratar las cosas, Lutero hablaba con arrogancia, segun su costumbre. Zuinglio manifestó mucha ignorancia; hasta el punto de preguntar muchas veces: «¿Cómo los malos sacerdotes podian hacer una cosa sagrada?» Pero Lutero le censuró de un modo muy extraño, y le hizo ver con el ejemplo del Bautismo que no sabia lo que decia. Cuando Zuinglio y sus compañeros vieron que no podian reducir á Lutero á adoptar el sentido figurado, le rogaron que á lo menos tuviese á bien tenerlos por hermanos. Pero fueron vivamente repelidos. «¿Qué fraternidad me pedís vosotros, les decia<sup>2</sup>, si persistís en vuestra creencia? Esto quiere decir que dudais de la verdad de vuestra fe, pues que quereis ser hermanos de los que la rechazan.» Este fue el fin que tuvo la conferencia. Prometiéronse sin embargo una caridad mútua; pero Lutero entendió esta caridad como la que se debe tener con los enemigos, y no aquella caridad que se debe á las personas de una misma comunión. Con todo, se convinieron en no escribir ya mas unos contra otros, *pero para darles tiempo de reconocerse*, proseguia Lutero.

Una concordia como esta no duró mucho tiempo: al contrario, con las diferentes relaciones que se hicieron de la conferencia, se agriaron los espíritus mas que nunca: Lutero miró como un artificio la propuesta de fraternidad que le hicieron los Zuinglianos, y dijo *que Satanás reinaba de tal modo en ellos, que no podian hablar sino mintiendo*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Ibid. — <sup>2</sup> Hosp. ibid. — <sup>3</sup> Luth. epist. ad Jac. Praep. Bremens. ibid. —

<sup>4</sup> Luth. epist. ad Jac. Praep. Bremens. ibid.